

»Los profes' también son personas.«

»Aleí«

Hace tres años comencé el bachiller. Fue entrar en un mundo enteramente desconocido, maravilloso y hosco al mismo tiempo. El dominio del internet estaba en su apogeo, y permitía crear espacios impalpables donde se manifestaban opiniones y comentarios no siempre positivos, y que en cierta medida, se tornaban destructivos o dañinos para alguien.

Durante los primeros meses, me relacioné con todo lo que tenía que ver con mi colegio: profesores, instalaciones, alumnado, y por supuesto, las redes sociales que a ella se asociaban de forma directa o indirecta.

Había una página en Facebook en particular, manejada por alumnos, donde entre memes y opiniones antipáticas, colocaban como centro de irrisión a los profesores de la institución. Por supuesto, nadie decía nada. Ese era un espacio seguro para mofarse de los profesores que alguna vez les riñeron o les dieron malas calificaciones durante alguna evaluación.

Yo sabía que aquella página acarrearía problemas, y cobardemente, quería apartarme de ellos. No era algo que me iba ni venía. Los profesores eran profesores: entes lejanos que me enseñaban. No había más. No debía hacer más que respetarlos y dejarlos ser profesores. Lo demás me tenía sin cuidado.

Pero no fue así. Me relacioné con algunos docentes, me brindaron confianza y su sabiduría. Fueron amables y muy dulces al instruirme. Se hicieron mis amigos, y —aún con el mismo respeto que les guardo por ser mis docentes— comencé a verlos como humanos: sabía que sentían, que tenían sueños, metas, anhelos, y que eran individuos llenos de amabilidad y amor.

Para entonces, los memes sobre los profesores se distribuían con rapidez —y peor aún, se producían al doble de rápido— entre los alumnos, que fue imposible no volver a encontrarme con ellos por los compañeros de clase. En ocasiones, veía cómo le tomaban fotos a los docentes mientras estaban desprevenidos.

A mí me indignaba, por supuesto, me hervía la sangre al saber que mis compañeros veían como objetos de burla a los profesores cuando ellos eran personas como nosotros, que se esforzaban por tratarnos con indulgencia muy a pesar de la grosera actitud de muchos alumnos. Que mis compañeros los usaran como objetos de sus burlas me resultaba horrible, y entonces le confesé lo que vi a un profesor que se convirtió en íntimo amigo mío.

Me brindó la confianza suficiente y procedimos prudentemente a levantar un reporte en dirección. Tomamos una serie de capturas, tuve que declarar un informe oral y escrito

contra los compañeros que tomaban fotografías de los docentes durante las clases, y al cabo de un tiempo, se dio con las personas que manejaban aquella página de tan mal gusto.

Ahí se hallaron imágenes con chistes crueles y comentarios despectivos hacia los docentes. Yo recuerdo que mi profesor se sintió muy mal por ver aquello: durante años se había empeñado en ser muy buena persona con sus alumnos para que ellos se burlaran de él y lo humillaran de esa forma. Lo abracé, y manifesté mi enorme admiración y gratitud por su labor y la forma en que la desempeñaba: tan honorable como eficaz.

Él esbozó una sonrisa que nunca olvidaré. Su bigote bailaba de emoción y los ojos se le cristalizaron, como queriendo llorar de alegría, y me dijo:

»—*Muchas gracias por pensar que los profes también son personas.*